

Por quinta vez se ha concedido el Premio Nóbel de Literatura a un escritor de la lengua castellana y por la sola razón de serlo. Lo recibió primeramente Echegaray; después, don Jacinto Benavente; luego, Gabriela Mistral y Juan Ramón Jiménez; ahora, por fin, Miguel Angel Asturias.

Cuatro notas vamos a señalar, de pasada, en el nuevo Premio Nóbel, cuatro notas que lo hacen, espiritualmente, tan español como el que más. Es descendiente de pura raigambre hispana: Alvarez de las Asturias fue primitivamente su apellido; escribe en español; es poeta de hondas y emocionadas estrofas dedicadas a Jesús, a María, a los misterios de nuestra fe; se considera y confiesa discípulo de don Francisco de Quevedo: «Enriquecemos nuestro vocabulario leyendo a los autores españoles. Leo a Quevedo, me recreo en él, aprendo de él», ha dicho este noble descendiente de asturianos. Si a esto se une el significado del convenio de doble nacionalidad firmado entre España y Guatemala, su país natal, en 1961, ¿será demasiado que los españoles nos consideremos directa y plenamente honrados con la altísima distinción concedida al escritor guatemalteco?

Pero más que sentir la satisfacción y el honor —sin eliminar tan legítimos sentimientos—, quisiéramos sacar consecuencias positivas del feliz acontecimiento apuntado.

De la misma manera que cuando un cuadro obtiene medalla de oro en una exposición de gran categoría, su poseedor se apresta, con ilusión renovada, a velar más cuidadosamente por su conservación y su custodia; así, al ver honrada de modo tan singular nuestra lengua, en su belleza exterior, en su musicalidad y en su espíritu, debemos cuantos las poseemos, cuantos la amamos, considerarnos más obligados a velar escrupulosamente por su pureza, por su hermosura.

¿Y hace falta este especial cuidado? Sí. Definitivamente, sí.

Son muchos los peligros que amenazan la pureza del lenguaje: la intensidad y frecuencia de toda clase de relaciones entre individuos, empresas y pueblos de distinto idioma; el turismo, con su forzoso arrastre y sedimento de palabras y giros bárbaros, que, naturalmente, dan lugar al «girigay» denunciado por Augusto Assia; los «doblajes» en cine y televisión, con traducciones acaso más fieles al idioma de origen que al nuestro; las avalanchas de publicidad, escritas por personas más preocupadas por los negocios que por las sutilezas de la semántica y la sintaxis; hasta el empeño de buen número de escritores en recoger e incorporar a prosas y versos el léxico del arroyo, con sus vocablos mal sonantes e indecentes inclusive. ... La televisión y la radio, con sus fuerzas expansivas incoercibles, son, con afortunada frecuencia, modelos de buen hablar. Pero no siempre. Sin descender a otros detalles, anotemos, únicamente, los fallos en que pueden incurrir, en que de hecho incurren, muchas veces, personas cuya locución, normalmente perfecta, se ve traicionada por los nervios, no habituados a micrófonos y pantallas.

...Y luego, una especie de ansia loca de renovaciones

Pureza y enseñanza del lenguaje

que, acaso por mimetismo, también ha invadido el mundo del lenguaje.

Hasta la paciente ortografía ha llegado, yo no sé por qué ni para qué, un desmedido afán de hacer cosas raras, sin orden ni concierto. ¿Qué motivo puede haber para presentar en TVE, una noche y otra noche, a un maestro —maestro parece que es— escribiendo en un encerado «Debemos Respetar las señales»? ¿Por qué esa R mayúscula? ¿Por qué tantas letras mayúsculas en medio de palabras y tantas minúsculas primeras de nombres propios? ¿Por qué aNtonlo, espAña y tantas y tantas lindezas por el estilo? Yo no sé qué bienes nos vienen con esas «gracias».

Si un buen día un niño dice a su maestro: No, no, señor, eso no se escribe así. Yo lo he visto en la «tele». Y los de la «tele» saben mucho... ¿qué le vamos a contestar?

¿Serán estos y otros casos semejantes los que han obligado a Dámaso Alonso a hablar de la «catástrofe de la ortografía»?

También puede perjudicar gravemente, a nuestro juicio, el recto uso del idioma la postergación de estudios gramaticales. Rectifico. No es la postergación, que ni oficial ni científicamente existe, sino el no haber acabado de lograr todavía el engranaje práctico de sus normas con el lenguaje vivo, con la expresión, con el vocabulario, con la elocución, con la lectura. Hemos pasado de aquellos epítomes enjutos, de definiciones y clasificaciones que no servían para nada, a un posible desdén práctico de la gramática, sustituyéndola, en gran parte, por unos ejercicios que, si se hacen bien, son excelentes, pero si no se hacen bien, tampoco sirven para nada.

¿Y quién puede y debe defender de sus peligros el habla soberana de Fray Luis de Granada y de Cervantes?

Porque hay que defenderla. Los pueblos pueden renunciar —y renunciando están, aunque sea a la fuerza— a imperios materiales, de riqueza y ostentación, pero no tienen derecho a apostasías en el mundo del espíritu. Y a una conclusión «mui cierta» —dice él— llegó nuestro Antonio de Nebrija, después de poner «delante los ojos el antigüedad de todas las cosas que para nuestra recordación e memoria quedaron escritas...: que siempre la Lengua fué compañera del imperio, e de tal manera lo siguió, que junta mente començaron, crecieron e florecieron, e después, junta fué la caída de entrambos».

¿Nos resignamos a la caída del imperio espiritual de España, prolongado a través de los siglos y con luminosas perspectivas futuras, entrañablemente vinculado al idioma?

Alguien podría contestar que esto afecta, en primer término, al menos, a la Academia de la Lengua. Y justo es consignar que no lo olvida la ilustre corporación.

Pero difícilmente los académicos podrán enseñar a hablar al pueblo. En cambio, nosotros los educadores, y más concretamente los educadores primarios, ¿no somos los que amasamos y administramos la cultura básica, la elemental, la que es sostén y principio de toda la cultura posterior, por alta que sea, y cuya noble y suprema envoltura es el lenguaje? ¿Quién podrá hacer por él más que nosotros?

Horacio, el más eximio preceptista de las artes de la palabra, señaló, en su «Epístola ad Pisones», el «uso» como árbitro, norma y derecho del lenguaje. ¿Y quién si no nosotros, los educadores primarios, enseña a «usar» debidamente el lenguaje en sus distintas formas orales y escritas? ¿Quién es el que enseña a «hablar» y «leer» y «escribir»?

Es un honor, un honor nuestro, extraordinario y singular. Pero todo honor, para no ser vano, implica

responsabilidad. Y ésta es una de las responsabilidades que hay que asumir con gozo y hasta con orgullo.

¿Qué hacer pues?

Casi me limito a contestar con una perogrullada. La fórmula es bien sencilla: desarrollar con fidelidad, con buen sentido, con amor, me atrevería a decir, los Cuestionarios oficiales, empapándose en su espíritu y desentrañando los densos contenidos de su letra.

Para no divagar centremos el problema en un punto concreto: la redacción.

Por AGUSTIN SERRANO DE HARO

Inspector de Enseñanza Primaria. Madrid.

Cuantos hemos intervenido, y no una vez ni dos, en tribunales de oposiciones hemos exclamado frecuentísimamente y hemos oído exclamar: «¡Qué mala redacción!» «¿Pero cómo es posible?» «¿Es que no se enseña a redactar?»

Pues quizá sea eso: que no se enseña a redactar. A redactar, no a salto de mata, sino con un sentido pedagógico, sin el cual lo hecho esporádicamente y sin sistema apenas si deja huella leve de su paso.

En muchísimos centros de enseñanza primaria se enseña poco, demasiado poco, a redactar. No conozco íntimamente los de enseñanza media, pero me temo que enseñen aún menos. Y en los estudios superiores presumo que se desdeñan estos «minúsculos» problemas, preocupados docentes y discentes por los

que se plantean en las altas esferas de la ciencia y del arte.

Los Cuestionarios oficiales vigentes —y sus predecesores también— ofrecen, perfectamente sistematizada, una progresiva sucesión de ejercicios que, bien desarrollados, desarrollados a conciencia, conseguirían que los niños fueran redactores correctos al fin de su escolaridad. Pero estamos tan hechos a «preguntas» y «respuestas», formuladas de un modo o de otro —que lo del modo es lo de menos—, que hay siempre el riesgo de soslayar ese conjunto sistemático y de que los ejercicios de redacción sean pocos y malos y, por tanto, sin eficacia formativa, sin auténtico sentido de «enseñanza».

¿Estará ocurriendo esto en algunas de nuestras aulas escolares? No lo sé. Yo me limito a denunciar el peligro y a desear que no caigamos en él. Y que no se dé el caso de que a un niño aspirante a becas haya que eliminarlo por no saber redactar dos líneas, aun- que haya realizado otros ejercicios maravillosos.

Y ya que hablamos de la enseñanza de la redacción, consignemos la gratitud que merecen las empresas comerciales que tan vivamente incitan a nuestros niños a cultivarla, ofreciendo hermosos premios a los que presenten los mejores ejercicios. Hablando de estos concursos, ha dicho un académico de la Lengua: «Me parece una idea excelente. En estos tiempos en que vivimos, dominados por una masa culturalizada, me

parece magnífico que haya alguien que se preocupe por fomentar el uso de nuestro idioma.»

Por esta vez, Mercurio pagó a Minerva tributo de galantería.

Algo semejante a lo dicho acerca de la redacción podríamos decir de la lectura (¡sí, de la lectura!), de la selección de textos literarios, de la elocución, de la misma gramática, considerada no como un conjunto de definiciones y clasificaciones carentes de interés y sin aplicación efectiva a la corrección del lenguaje, sino como una reflexión de su contextura lógica y un perfeccionamiento de su dominio y su empleo.

Hagamos un esfuerzo. Es una causa muy noble la que nos lo pide.

Oigamos si no al maestro Francisco Medina, en un discurso del que se ha dicho que tiene «tantos diamantes como palabras» y que es «una de las más hermosas composiciones que se han hecho en castellano». Dice así el preclaro escritor: «Habiéndonos cabido en suerte una habla tan propia en la significación, tan copiosa en los vocablos, tan suave en la pronunciación, tan blanda para doblarla a la parte que más quisiéremos, somos, diré, tan descuidados, o tan ignorantes, que dejamos perder aqueste raro tesoro que poseemos... No hay quien se condolezca de ver la hermosura de nuestra plática tan descompuesta y mal parada, como si ella fuese fan fea que no mereciese más precioso ornamento, o nosotros tan bárbaros que no supiésemos vestirla del que merece.»

